

Quince SOBRE “EL TIGRE”

ROBERTO BOLAÑOS GODOY

Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

Eduardo Lizalde es uno de los autores mexicanos que más me entusiasman. Sobre todo su poesía: variopinta, irónica, audaz. Acaso una de las que más dialogan con la tradición, una muy exacta en cuanto a la construcción de imágenes y conceptos; también profunda como reflexiva y fulgurante cuando hace vínculos insólitos entre elementos discordantes. A propósito de su cumpleaños 80 hace tres años, no faltaron los homenajes, las entrevistas, las revisiones de su obra, al grado de que aún esa efervescencia no parece declinar. A propósito aparece publicado *Una raya más. Ensayos sobre Eduardo Lizalde*, una lectura que, como seguidor de la obra de “El Tigre”, no podía dejar pasar.

Nos dice el compilador del volumen, Víctor Cabrera, en el prólogo: “este libro pretende un acercamiento múltiple a una obra vasta, compleja y rigurosa a partir de otra pregunta: ¿Cómo leen las nuevas generaciones a Eduardo Lizalde?” Lo anterior es suficientemente claro como para no dejar dudas de lo que el libro es: quince textos de igual número de jóvenes escritores entre siete apartados. El parámetro temático de los ensayos: casi siempre la obra tratada o el género al que ésta pertenezca, con excepción del final, donde se aborda la figura de Lizalde como escritor. Ciertamente, no queda nada de la obra de “El Tigre” que no sea objeto de reflexión: tanto su poesía, como sus cuentos, su única novela y sus ensayos, artículos y conferencias, su faceta como traductor y como gran conocedor de ópera.

El detalle está en que se trata de un libro muy desigual en cuanto a rigor de selección; conviven en el mismo volumen ensayos de distintos y muy marcados grados de calidad, no sólo estilística sino argumentativa, también en cuanto a reflexión y análisis, esto naturalmente por la variedad de manufacturas. Por supuesto que la idea era concentrar distintos estilos y temperamentos, y de haber resultado algo escrito como por un solo autor sería bastante sospechoso. Pero el riesgo de este tipo de compilaciones es que resultan como esos robots con muchas extremidades usados para explorar terrenos de difícil acceso: se debe calibrar a la perfección la coordinación de sus miembros o los tambaleos entorpecen la concreción de la empresa.

Si de algo no carece ninguno es de información. De verdad que son ensayos muy bien provistos de datos, no se puede negar, tampoco son laxos en cuanto a penetración interpretativa (aunque en algunos casos parece haber cierto exceso). Lo que me incomoda un poco de este libro es que examina pero no juzga, es un

Una raya más

Ensayos sobre Eduardo Lizalde



Fondo Editorial Tierra Adentro

[*Una raya más. Ensayos sobre Eduardo Lizalde*, VVAA, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 2010]

ejercicio (muy sano, eso sí) de lectura, exégesis y exploración, no de crítica literaria. Si ningún ensayista fue lo suficientemente osado como para insinuar siquiera las deficiencias de la escritura de Lizalde, mucho menos hay refutación crítica hacia su literatura para señalar los traspies de una obra que no es perfecta y que, sin embargo, es presentada como si lo fuera. Más todavía, nadie esboza una justificación de por qué seguir leyendo a Eduardo Lizalde. “¿Siendo tan buen escritor lo necesita?”, se preguntarán algunos. Yo siento que sí. La pregunta es elemental e imprescindible al hablar de cualquier autor: ¿se trata realmente de una obra pertinente, viva, actual? Y ninguno se preocupó por indagar sobre esta cuestión.

A pesar de ello, el libro cuenta con valiosísimas aportaciones en lo que respecta al análisis de la obra de Lizalde. Destaco los ensayos de Isaura Leonardo (“Diez apuntes sobre *Autobiografía de un fracaso. El poeticismo*”), Natalia González Gottdiener (“*Cada cosa es Babel: Eduardo Lizalde y el nombrar poético*”), Mijail Lamas (“Este fecundo rayo moteado y asonante”), Marco Antonio Huerta (“Los nombres del tigre en *Caza mayor*”), Luis Paniagua (“Retrato hablado de la *Monstrua*”), Balam Rodrigo (“Vegetalidad en la poesía de Eduardo Lizalde: fitonimias, fitofilias y fitofobias a partir de una lectura *otra* del *Manual de flora fantástica*”), Eduardo Uribe (“Acecho cotidiano”) y Rodrigo Martínez (“La palabra y la idea: Lizalde narrador”).

Otros textos son poco exactos, su propuesta es inestable o no están plenamente logrados (“También reír duele”, Luis Téllez-Tejada), o más que proponer una interpretación personal sólo son testimoniales (“Poor Charlie Brown” de Jorge Posada, “El mayor monstruo, la casa. Entre Eduardo Lizalde y la ópera” de Roberto Cruz Arzabal, “Retrato escrito de la fiera: evocación de un encuentro con Eduardo Lizalde” de Manuel Iris), o se quedan en el apunte retórico y con la mera intención de alabar (“El poeta seducido: Eduardo Lizalde, traductor” de Julio Andrés Camarillo Quesada), o cuya oscuridad y ambigüedad resultan desconcertantes (“*Algaida*: el brillo del jardín marchito” de Leopoldo Lezama), o, finalmente, se ven entorpecidos por un aparato académico que interrumpe y constriñe el flujo ensayístico (“Al margen del margen” de Fanny Enrigue).

No deja de ser, sin embargo, una obra útil para los estudiosos de la obra de Lizalde, para que sus lectores en general conozcan un poco más sobre él, y para entender la manera en que los escritores contemporáneos lo están leyendo. En este sentido, y a pesar de todo, la tentativa de este volumen se ve cumplida.



Cuca-01, JORGE AGUILERA/H77.